Florencio Hofmans, Pbro.

MARIA Y LA IGLESIA

En el mes de agosto de 1964, ante una multitud de quinientos mil fieles en el Santuario Nacional de Chestokowa, el Cardenal Wychinsky expresó su confianza en que la Virgen ha de salir ganando del difícil debate de la tercera sesión del Concilio Vaticano II. Su alusión refleja una preocupación que afecta a no pocos. La Virgen y la devoción mariana, ¿no corren un riesgo? ¿Qué significa esta famosa discusión acerca de la conveniencia de tratar de la Mariología dentro del esquema de la Iglesia, discusión que condujo a una votación cuya escasa mayoría, demostraba una profunda división o una gran vacilación?

El objeto de este artículo es hacer ver, sin ninguna polémica, cuál es el sentido de una visión teológica sobre María dentro de la Iglesia. Dejando de lado toda reacción emotiva o sentimental, todo espíritu reaccionario o iconoclasta, busquemos simplemente la verdad. En nuestro caso esa verdad se funda en hechos históricos, humanamente imprevisibles y por lo tanto fuera del alcance de cualquier especulación o deducción filosófica o piadosa. La sola Revelación es nuestra guía. Pero esta Revelación la conocemos dentro y por la Iglesia, y esto ya es una primera relación de la Mariología con el misterio de la Iglesia, que vale la pena examinar en un párrafo aparte.

LA IGLESIA Y EL DESCUBRIMIENTO PROGRESIVO DE MARIA

Salta a la vista que nuestros conocimientos acerca de María han progresado, y mucho. Los progresos más definidos son de este último siglo, que ha sido al mismo tiempo el de la reflexión renovada y fecunda sobre la Iglesia. Los dogmas de la Concepción inmaculada (1854) y de la Asunción (1950) son contemporáneos de la reflexión sobre la Iglesia como Cuerpo místico de Cristo, sobre la función del Papa y de los Obispos, el papel de los laicos, el sacerdocio real del pueblo cristiano; aspectos todos ellos, que la Iglesia medieval no tenía tan presentes, como ahora, que todo un Concilio quiere responder a la pregunta: "Iglesia, ¿qué dices de ti misma?".

Esto difícilmente puede ser pura coincidencia, porque hay algo más en el procedimiento mismo de estos descubrimientos progresivos. Hemos dicho que la sola Revelación divina puede manifestarnos a Dios, su plan y sus realizaciones. Ahora bien, esta Revelación, en su fase constitutiva, quedó clausurada con el tiempo apostólico, que nos dejó la Sagrada Escritura, resultado de la tradición apostólica que le dio su aplicación y auténtica y vital interpretación. Entre los católicos se discute libremente si la tradición contiene elementos que no están de ninguna manera en la Escritura, pero todos aceptan —es de fe— que la Tradición es un elemento esencial,

de naturaleza divina, en la que el Espíritu Santo está guiando efectivamente a la Iglesia.

No se trata, evidentemente, de todas las tradiciones que puedan brotar y florecer en el pueblo cristiano. Es posible que a veces se introduzcan costumbres, con valor transitorio o permanente, e incluso prácticas menos genuinas, más o menos mágicas, supersticiosas. Todo católico bien formado lo sabe, cualquier catecismo enseña acerca de la superstición y las falsas devociones. Esto es importante en el diálogo ecuménico, especialmente en lo que se refiere a la Mariología: todos debemos saber que lo único sólido, seguro, obligatorio y verdaderamente glorioso en nuestro culto a María es lo que está fundado en la Revelación, conocida por la auténtica tradición cristiana.

¿Dónde se encuentra la auténtica tradición cristiana? Aquí debemos disipar una confusión, tomando posición en la discusión sobre la transmisión de la Revelación. Mucho se ha dicho que los recientes dogmas marianos no están en la Escritura sino en tradiciones orales no inspiradas. Unos, católicos, deducen de esto que la tradición contiene "verdades" que no están en la Biblia y hablan de la "insuficiencia" de ésta; otros, protestantes, concluyen del mismo hecho la ilegitimidad de estos dogmas marianos. De hecho, la posición de estos autores católicos, defensores de la teoría de las dos fuentes, nos parece poco justificada y dañina para la Mariología, ya que le corroe sus fundamentos (1). En realidad las tradiciones invocadas remontan a siglos posteriores y no es posible establecer que estas "verdades" nos vienen de los apóstoles y consiguientemente expresan la Revelación. El dogma de la Asunción, p. ej., no se encuentra en ningún autor eclesiástico de los cinco primeros siglos y muchos Padres incluso dijeron que Cristo era el único resucitado. El primer testimonio explícito se encuentra en la obra *Transitus Mariae,* cuyas narraciones fabulosas fueron severamente censuradas por las autoridades, consideradas como apócrifas y terminantemente prohibidas. No puede ser ésta la fuente de nuestro conocimiento histórico ni tampoco el enlace dogmático con una tradición apostólica.

La única solución nos parece ser una *maduración* de los datos primitivos, sustancialmente incluidos en la Biblia. Y esta maduración se hizo *en la Iglesia.* Pío XII dijo bien claro que definía el dogma de la Asunción, habiendo consultado a los Obispos, y no sin haber pulsado la piedad del pueblo cristiano unánime en este punto. Se trataba del sentir de *toda* la Iglesia, a la que Cristo ha entregado su vida y su verdad; el Papa era el órgano infalible de la comprensión de la Revelación por todo el pueblo de Dios.

De esa manera, nos parece inexplicable el dogma mariano sin la vida de la Iglesia, pendiente de la palabra de Dios y penetrando en ésta a lo largo de sus experiencias históricas, su caridad y piedad. Es el conjunto de la Iglesia, en su marcha a través de los siglos, tomando más y más conciencia de sí misma, y también de la que está en el centro de su vida: María, inseparable del único Salvador y Mediador Jesús.

---

(1) No me parecen fundadas, p. ej. la posición acerca de la tradición y sus aplicaciones mariológicas del P. Balić en *De scriptura et traditione,* Roma, 1963, p. 665-712, especialmente p. 700-708.

Huelga decir que tal manera de concebir las cosas tiene una importancia ecuménica notable. Los ortodoxos y muchos anglicanos creen en la Asunción; pero su dificultad está en la ausencia de espíritu eclesial que a menudo los católicos mostramos al proponer el sentido y el origen de los dogmas marianos (2).

EL TEMA FUNDAMENTAL

Tal como suena, el tema "María y la Iglesia" es bastante nuevo. Y sin embargo no es una novedad. Corresponde ciertamente, con otra terminología, a la más antigua Mariología, la del siglo II.

En efecto, después de los apóstoles, los primeros teólogos cristianos (Justino, Ireneo, siglo II) elaboraron el tema "María = nueva Eva", que sería el "leitmotiv de toda la Mariología bizantina posterior" y que "contiene *in nuce* la espléndida Mariología subsiguiente" (Michael Schmaus). María es la socia del nuevo Adán, y como Eva es literalmente la madre de los vivientes y la prefiguración de la Iglesia, así María será el símbolo y el instrumento de la unión de Jesús con la Iglesia, su Esposa.

Podemos decir que este tema del matrimonio es uno de los más fundamentales de toda la historia de nuestra salvación. La Revelación nos muestra a la humanidad entera salida de la unión del hombre y la mujer, creados por Dios como una sola persona, "una sola carne". La historia de Israel es frecuentemente presentada en la Biblia como un matrimonio —difícil por la infidelidad de la esposa— entre Dios y su pueblo. Cuando llegue el "Dios-con-nosotros", él será el esposo y la Iglesia su prometida, salida de su costado, como Eva de Adán. La descripción de esta unión matrimonial entre Cristo y su Iglesia es una de las páginas más grandiosas de San Pablo.

En verdad, cuando los padres afirman que María es la nueva Eva, no afirman poco. Si tenemos razón al pensar que la doctrina moderna del "Cuerpo Místico" no es distinta, a pesar de la primera impresión terminológica, de la doctrina de la Iglesia-Esposa, como hemos afirmado en un artículo anterior (3), era inevitable que esta profundización en el misterio de la Iglesia condujera al hombre moderno hacia un descubrimiento nuevo de María, la nueva Eva, inseparable de la Iglesia.

Podríamos citar muchos textos para mostrar la popularidad y la profundidad de la combinación: Eva-Iglesia-María. Basten los dos siguientes, uno de San Ambrosio, el otro de San Agustín:

"Está escrito, ciertamente, de Cristo en el principio del Antiguo Testamento, que vendría para cumplir la voluntad de Dios Padre, redimiendo al hombre, allí donde se dice que formó a Eva como imagen de la Iglesia para ayuda del hombre... Del costado de Adán tomó el señor una costilla cuando dormía. ¿Qué

---

(2) Un ejemplo reciente: En *Church Times* 9 nov. 1963, p. 14 el anglicano H. S. Box, examinando el *Dogma of the Assumption*, declara no tener reparos contra la fe en este dogma, pero sí contra la manera autoritaria del Sumo Pontífice en decidir de problemas dogmáticos.

(3) Cfr. el número de *Teología y Vida* sobre la Iglesia, vol. IV, (1963), Nº 3, p. 157-163 (El cuerpo místico de Cristo).

significa esta costilla sino la fuerza? Porque cuando el soldado abrió su costado, al momento salió agua y sangre, que fue derramada por la vida del mundo. La costilla de Cristo es la vida del mundo; es la costilla del segundo Adán... La costilla de Cristo es la vida de la Iglesia. Nosotros, por tanto, somos miembros de su cuerpo, de su carne, de sus huesos... Esta es la Eva, madre de los vivientes (Gén. 3, 20)... La Madre, pues, de los vivientes, es la Iglesia" (4).

Y he aquí el texto de Agustín en el que se ve patente su método de predicación: "El Señor fue invitado a unas bodas. ¿Qué hay de extraño en que vaya a una casa a bodas aquél que vino a este mundo a su boda? Pues si no vino para su boda es que aquí no tiene esposa. ¿Y qué es lo que dice el Apóstol? "Os he desposado con un solo marido, para presentaros a Cristo como casta virgen". ¿Y por qué teme que sea violada la virginidad de la esposa de Cristo por la astucia del diablo? "Temo —dice— que como la serpiente engañó a Eva con su astucia, también corrompa vuestros pensamientos, apartándolos de la sinceridad y de la santidad debidas a Cristo" (2 Cor. 11, 2). Tiene, pues, aquí esposa, a la que redimió con su sangre y a la que dio como prenda el Espíritu Santo. La libró de la esclavitud del demonio, murió por sus pecados, resucitó por su justificación. ¿Quién ha ofrecido tanto a su esposa? Ofrezcan los hombres cualesquiera ornatos terrenos: oro, plata, piedras preciosas, caballos, esclavos, heredades, posesiones. ¿Acaso alguno ofrecerá su sangre? Pues si entregara su sangre a su esposa, desaparecería el que habría de tomarla por mujer. Sin embargo, el Señor murió tranquilamente y dio su sangre por la que poseería resucitado, a la que ya había unido así en el seno de la Virgen. Pues el Verbo fue el esposo y la carne humana la esposa, y ambos son el único hijo de Dios, y a la vez, Hijo del hombre. El seno de la Virgen fue el tálamo donde se hizo cabeza de la Iglesia, de donde salió como esposo de su tálamo, según dice la Escritura: "Semejante al esposo que sale de su tálamo, se lanzó alegre a recorrer cual gigante su camino" (Salm. 18, 6) (5).

UNA MARIOLOGIA ENRIQUECIDA

Durante estos últimos años la relación entre María y la Iglesia ha sido estudiada profundamente en sus múltiples aspectos. No es la obra de audaces innovadores. Durante tres años consecutivos los teólogos franceses dedicaron sus congresos a este tema, publicando sus conferencias en el *Bulletin de la Société française d'Etudes mariales*, 1951-1953, con una bibliografía crítica ya muy extensa. Poco después el Congreso Internacional de Lourdes, celebrado en el centenario de las apariciones (1958) se propuso el mismo tema, y sus trabajos fueron publicados en 16 volúmenes por la *Pontificia Academia Mariana* (Roma, 1959 - 1962). Estas son sólo dos muestras.

El resultado ha sido muy enriquecedor para la Mariología, porque se ha descubierto un nuevo camino donde la contemplación y la comprensión logran

(4) Enarrationes in 12 Ps. davídicos, Ps. 39; *P. L.* 14, 1.112; Expositio evangelii secundum Lc. 2, 86; *P. L.* 15, 1.666. Los textos, como el precedente, están citados en M. Schmaus, *Teología dogmática*, VIII (Mariología), BAC, 1961, p. 258-259. El párrafo 8, trata exclusivamente de María y la Iglesia, y abarca cuarenta páginas (p. 255-293).

(5) Tratado sobre Jn, 8, 4; *P. L.* 35, 1452.

una síntesis más completa, que la devoción del pueblo cristiano presintió pero que la teología especulativa nunca había sabido explicar con tanta claridad.

Veamos brevemente algunos de estos aspectos enriquecedores, deteniéndonos un momento en los grandes dogmas marianos. Los lectores recordarán que estos son, según el orden de su proclamación: la maternidad divina (Concilio de Efeso, 413); la virginidad de María (Concilio de Letrán, 649); la inmaculada Concepción (Pío IX, 1854); la Asunción (Pío XII, 1950). Seguiremos otro orden, el de la misma historia de la salvación, pasando sucesivamente por la Concepción inmaculada, la Maternidad y virginidad, María en la vida del Redentor, la glorificación y culmen de la colaboración en la Redención.

LA INMACULADA CONCEPCION

La Mariología "clásica" consideraba siempre este dogma en relación con la maternidad divina, y eso es exacto, fundamental, imprescindible. Pero no es completo.

María tiene relación con la Iglesia, el pueblo de Dios. En ella el pueblo elegido llega a su perfección. Ella es la hija de Sión, a la que viene el Señor, y como a tal la saluda el ángel: "Regocíjate, llena de gracia, el Señor está contigo", como dijo Sofonías: "Regocíjate con todo el corazón, hija de Jerusalén; el Rey de Israel, Yahvé, está en medio de tí" (Sof. 3, 15).

María es el resto conservado de Israel, representante por excelencia del grupo de gente pobre, humilde, que confiaba exclusivamente en Yahvé; en toda su pequeñez será la verdadera representante de Israel. Su inmaculada concepción, en el primer instante de su existencia, manifiesta la total gratuidad de la elección divina; la misma que resplandece en la vocación de Abrahán, el padre del pueblo. En María se repetirá la respuesta de Abrahán: la fe. María es digna hija del padre de los creyentes, llamada bienaventurada porque creyó.

En el rechazo del Mesías por el grueso del pueblo elegido, uno podría ver un fracaso del plan de Dios, y la inutilidad de toda la preparación del A. T. En María, auténtica judía, obra maestra de la pedagogía divina, este temor se encuentra espléndidamente desmentido.

Cristo ha venido para prepararse una Iglesia santa, pura, a fin de presentársela a sí mismo gloriosa, sin mancha, arruga o cosa semejante, sino santa e intachable (Ef. 5, 26). Esta visión de la Iglesia celestial tiene su anticipación incomparable en María, librada de toda mancha por el amor preventivo del Redentor. Ella es la alegría y el orgullo de la Iglesia que ve en María hasta dónde el poder de Dios puede obrar maravillas en su pueblo.

En este sentido la inmaculada Concepción no es un "privilegio" que "separa" a María de la comunidad, sino un signo de su especial función en la historia de nuestra salvación. Según la interpretación de algunos teólogos, sería posible ver este signo en el relato bíblico de la creación acerca del origen y la función de la primera Eva (Gén. 2, 21-34). Eva fue formada de una costilla de Adán, con lo que se expresa a la vez la total unidad del hombre y la mujer, y la posición particular de la *primera* mujer en la serie de los descendientes del primer hombre. Esto podría proyectar luces sobre el origen de María: redimida por el segundo Adán,

como Eva nacida del primero, lo cual pone a las dos "madres" en la línea de los descendientes; y redimida de una manera particularmente radical, íntima, eficaz, desde el primer momento de su existencia, lo cual proviene de su especial misión en el misterio de la redención. "Así como la primera Eva, en cuanto principio maternal, tiene prioridad sobre la comunidad de vida de todos los demás hombres, pero no obstante ella misma ha recibido su vida de Adán y por tanto conduce a toda la restante humanidad hacia su único primer principio: así también María, por su concepción libre de pecado original... posee la gracia como algo recibido enteramente de Cristo y ordenado a El... y hace bien patente en Sí la función de orientar la sociedad humana hacia Cristo" (Semmelroth).

LA MATERNIDAD

La maternidad une a María íntimamente con Cristo, pero aquí también el aspecto eclesiástico es importante e iluminador. El papel de María no es simplemente el de procurar al Verbo los elementos biológicos para tener carne humana; María es respetada en su valor de persona y su actuación tiene un alcance social. Su misión es la de insertar al Verbo en la historia humana, es decir en la Iglesia.

La obra de Cristo es la "deificación" de la historia humana, y en María Dios encontró su lugar de inserción en esta historia. La vinculación entre el primer y segundo Adán, la relación entre el misterio de la creación y el misterio de la salvación, la continuidad entre la humanidad y la Iglesia, descansan su fundamentación en la maternidad divina de María. En María Dios trascendente y suprahistórico se vuelve el centro de la historia humana.

Además, el *fiat* de María expresa la perfecta libertad de su respuesta a la iniciativa divina, que es la de todos los hombres al ser invitados a las bodas (Lc. 14, 15-24). Ya hemos visto, en el citado texto de San Agustín, que el seno de María es el tálamo en que Cristo celebró sus bodas con el género humano. En el seno de María se constituyó la Iglesia, preparada e incoada ya en la Antigua Alianza cuyo fruto fue María. Esto es, en otros términos, lo que dice San Pablo: "Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de la mujer, nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, para que recibiesen la adopción" (Gál. 4,4).

A menudo se dice que María dio a luz no sólo a Jesús personal sino al Jesús total. Es una expresión me parece poco feliz e incluso peligrosa, porque puede conducir a la idea de que existe un ser especial que abarcaría al Cristo personal y a los cristianos. Tal ser no existe. Pero es cierto que la maternidad de María tiene una relación estrecha con nuestra vida y existencia en gracia, porque en Ella Cristo contrajo matrimonio con su Iglesia, que somos nosotros.

LA VIRGINIDAD

El hecho de la virginidad de María es una proclamación de la autenticidad de su Hijo y un signo de la novedad nupcial de su colaboración con el segundo Adán. Es una expresión de que el padre de Jesús es Dios Padre y que su misión de segundo Adán no es una tarea de generación por el sexo sino de regeneración

por la resurrección. Así la virginidad de María es símbolo, figura, modelo de la virginidad de la Iglesia. Ella que normalmente no podía tener hijos, es la madre más bendecida de todas. La Iglesia es la mujer estéril, compuesta de miembros que por ellos mismos son pecadores, absolutamente sin frutos, sobre todo si eran paganos; pero ahora es madre de muchos hijos. Nada es imposible para Dios. La Iglesia siempre debe recordar que los medios que utiliza Dios son del tipo de María: la humildad, la sinceridad, la pequeñez, el simple fervor, la pureza. Toda mujer, y no sólo la antigua mujer semita, desea tener muchos hijos, vestidos, casa agradable, cierto bienestar y hasta lujo, el apoyo del marido, el afecto de la vida conyugal... Una virgen nos enseña que los caminos de Dios son extraordinarios en su pobreza. La Iglesia tiene que dar frutos por otro camino que el de una familia privilegiada, protegida, poderosa; la esposa de Cristo tendrá que ser como María: simple, un pequeño rebaño, dando el testimonio de una espontánea caridad, y sin embargo perseguida...

La Iglesia celestial no pudo ser comparada sino con una inmensa serie de vírgenes. El amor ha llegado a su colmo, pero nadie se casa ni es dado en matrimonio. Con derecho los autores consideran ahora el celibato y la virginidad como un anticipo de la Iglesia celestial. El anticipo más perfecto es María. En ella se verifica de manera excepcional la norma de Jesús para los que entienden la palabra sobre el celibato: que debe ser a causa del *Reino de Dios* (Mt. 19,12).

TESTIGO DE LA MANIFESTACION DE JESUS

Toda la vida mortal de Jesús ya fue una manifestación del Verbo al mundo. El mundo debía conocerlo, recibirlo, contemplar en él la gloria del Padre. La Iglesia tiene una misión esencialmente contemplativa. Toda su acción partirá de ahí. Dios es el sembrador, hay que recibir su palabra para producir frutos: "Dichosos los que oyen la palabra de Dios y la guardan" (Lc. 11, 28). "Quienquiera hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre" (Mt. 12, 50). Estas dos declaraciones sobre la actitud fundamental del discípulo, es decir de la Iglesia, están explícitamente relacionadas con María. En Ella pensaba la sencilla mujer en su elogio de un entusiasmo demasiado humano; cerca estaba María con los "hermanos" cuando pronunció la segunda sentencia.

En realidad, nadie ha sido ejemplo más perfecto de esa actitud contemplativa que María. Había guardado y meditado en su corazón los hechos de la Encarnación (Lc. 2, 19, 51), lo que para Lucas dice mucho más que la fidelidad de su memoria; como en las visiones apocalípticas del libro de Daniel (cfr. Dan. 7, 28), María ha presenciado la grandeza de Dios en lo pequeño, viendo al niño en el pesebre, enterándose de la precoz sabiduría de sus preguntas y respuestas religiosas, siendo testigo de crecimiento en sabiduría y gracia ante Dios y ante los hombres.

Presencia silenciosa, discreta, pero de un interés inmenso, durante la vida pública, donde se destacan sobre todo dos hechos de alto valor simbólico: en Caná y en el Calvario. No es sin motivo que Jesús se manifiesta por primera vez a sus discípulos en una fiesta de boda. Es el Esposo que se presenta a su Esposa,

colmándola con su liberalidad milagrosa y prefigurando todos los carismas que había de darle en el decurso de los siglos. "Y estaba allí la Madre de Jesús". Ella estuvo presente, testigo activa de lo que hace Jesús, en la hora que El sabe. En el Calvario, cuando se celebran las nupcias y la Iglesia sale del costado de Cristo como Eva del de Adán, en el momento en que Jesús lava a su Iglesia con su sangre, comunicada en los sacramentos del bautismo y de la Eucaristía, nuevamente María estaba activa y dolorosamente junto a Jesús. El discípulo amado será su hijo. La Iglesia será inseparable de Ella. Para siempre la contemplación de Jesús crucificado, completada poco después por la efusión del Espíritu, gran don del Resucitado a su Iglesia reunida en torno a María, hará de Ella la asociada del Salvador en su obra universal.

Así María es el tipo de la Iglesia, de todos nosotros, llamados a ser un solo cuerpo, que debemos ser agradecidos como la que cantó el Magnificat, condensación de su actitud contemplativa, realizando lo que Pablo nos pide con insistencia: "La palabra de Cristo habite en vosotros abundantemente, enseñándoos y exhortándoos unos a otros con toda sabiduría, con salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando y dando gracias a Dios en vuestros corazones" (Col. 3, 16). Esta exhortación eclesial es casi una repetición del evangelio mariano de Lucas.

MARIA ASUNTA

El título mismo de Asunción expresa el aspecto cristológico de esta fase en la existencia de María: ella es elevada, asunta hacia el "cielo", que no es otra cosa que la unión con Jesús resucitado, en la plenitud de la gloria del Padre. Nuevamente el aspecto eclesial, abundantemente presente en la piedad católica, enriquecerá oportunamente la teología mariana.

Porque este dogma no tiene solamente un sentido que podríamos llamar "familiar": la Madre nuevamente junto a su Hijo. *Nostra res agitur.* Toda la Iglesia está directamente interesada en el asunto. Y por dos motivos.

Primero, la asunción de María es el comienzo, el símbolo, la prefiguración de lo que va a suceder con toda la Iglesia. Cristo resucitado, primogénito de toda criatura, principio, primogénito de los muertos (Col. 1, 15-18), abrió el camino; María lo sigue en primer lugar; después vendremos todos nosotros. En Ella se manifiesta la seguridad que tenemos en El; su suerte concretiza y evoca nuestro destino común. En el capítulo 15 de la primera carta a los Corintios, que habla de la resurrección, Pablo nos presenta a Cristo como el nuevo Adán, el celestial, cuya imagen llevaremos como llevamos la imagen del primero (1 Cor. 15, 45-49). "Y como en Adán hemos muerto todos, así también somos todos vivificados. Pero cada uno a su tiempo; el primero Cristo; luego los de Cristo, cuando El venga" (v. 22-23). Toda la Iglesia tendrá que esperar hasta la Parusía, pero la nueva Eva ya está íntimamente unida al Esposo. María debe ayudarnos a tener más presente la dimensión escatológica del Reino.

Y más que esto. La Iglesia colabora con Cristo, y nadie mejor que María ha convivido y participado con El todo el empeño, todos los sacrificios que son característicos de nuestra prueba. Pero Ella ahora está en una situación excepcional. La Asunción la puso muchísimo más cerca de Jesús, y así como el Resu-

citado puesto en poder, María vive todo con nosotros e influye eficazmente en toda su Iglesia. La vida celestial une perfectamente con Jesús, es un andar donde El anda, un seguirle adonde El vaya (cfr. Apoc. 14, 4), un "estar siempre con El" (1 Tes. 4, 18). De ahí la intervención de María en la vida actual de la Iglesia.

Durante su vida fue asociada a la pasión de Jesús más que San Pablo, quien no vaciló a considerarse participante en la misión del Siervo de Yahvé, supliendo en su carne lo que faltaba a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia (Col. 1, 24). Más directamente había atravesado el alma de María la espada que mató al Siervo, su Hijo (cfr. Lc. 2, 35). Como nunca, pues, Ella está ahora asociada a la vida de Cristo en su Iglesia, llevando su nombre y gloria hasta los confines de la tierra. Esta participación, que de ninguna manera dificulta la unión directa con Cristo, es lo que se llama ordinariamente la mediación de María en la distribución de las gracias. Esta es una manera de hablar a mi juicio poco feliz, porque parece materializar una realidad que es eminentemente personal: la gracia, que es presencia y contacto con las Personas divinas. Pero expresa una profunda verdad. Tampoco podemos concebir la mediación como si la Virgen tuviera por función aplacar a su hijo, mucho más severo, siendo Ella misericordia y El justicia. Esto es simplemente una blasfemia. De hecho es el Padre el que, gratuitamente, por pura bondad, nos regala todo en y por Cristo y hace que María sea asociada, conscientemente, en una medida excepcional y universal, en la presencia activa de las Personas divinas en nosotros (presencia que llamamos la gracia). De parte de María esta asociación es intercesión, oración; es obra de creatura y por eso receptividad; es obra de Madre, y por lo tanto donación. Visto de parte de Dios, lo que hace María es participación más que colaboración.

La Asunción es una de las razones más fuertes que nos hacen tener por María una veneración particular, superior a la de todos los santos, puesto que Ella no sólo es nuestra hermana mayor sino también nuestra madre. Es verdad que todo cristiano tiene responsabilidad paternal o maternal frente a sus hermanos. Pablo consideró el título de padre como el único que anhelaba (1 Cor. 4, 15; Fil. 2, 22). La comunión de los santos es realidad de recepción y de donación. Pero el caso de María es particular, justamente por la incomparable asociación con Cristo resucitado que le caracteriza ahora por la Asunción.

Toda la Iglesia lo experimenta, goza de alegría y lo expresa en su devoción y en su súplica. María es inseparable de la Iglesia.

CONCLUSIONES PASTORALES Y ECUMENICAS

1. Nuestro breve reconocimiento ha mostrado, así nos parece, que la consideración eclesiológica de la persona y de la función de María no sólo no hace perder ningún aspecto valioso de la Mariología sino que es sumamente enriquecedora para ella. Tratar de María dentro de la Eclesiología no significa un paso atrás sino adelante. En las clases de teología, los manuales, las predicaciones, la catequesis, habrá que tenerlo en cuenta. Con razón todos protestaríamos contra cualquier intento, abierto o solapado, de hacer amar menos a la que es "el honor de nuestro pueblo". Pero con el esquema Iglesia-María, sucederá lo contrario.

2. Sólo el enfoque eclesiológico impedirá que la Mariología siga cayendo en el defecto de interpretaciones falsas o rebuscadas de textos bíblicos importantes, desde el protoevangelio (Gén. 3, 15) hasta la visión de la mujer vestida de sol (Apoc. 12, 1). Es indudable, en efecto, que estos textos se refieren al pueblo de Dios. Pero, si los cristianos, por otra parte, han pensado que esa antigua promesa y esta visión escatológica no podrían ser ajenas a la más perfecta redimida, toda dificultad se resuelve precisamente por el constante paralelismo y el íntimo enlace de María y la Iglesia. Los mismos textos relativos a la Sabiduría y Judit, personificaciones del pueblo elegido, son aplicables por la misma razón —y no lo serían sin ésta— a María, como nos lo muestra la práctica litúrgica.

3. Si la piedad mariana popular —junto con maravillosas cualidades de sentido religioso, iniciativa propia, generosidad, confianza sobrenatural— presenta a menudo desviaciones y hasta graves deficiencias — ¿no es precisamente por esta falta de sentido (cristológico) y eclesial? Si la piedad mariana se desarrolla al margen de la vida total de la Iglesia (el culto eucarístico, el apostolado de los laicos, la preocupación social, toda la formación para la santidad y la vida de comunidad cristiana) necesariamente incurrirá en errores. Una Mariología separada, aislada, se ha mostrado incapaz de purificar estas devociones mientras, por otra parte, tendencias iconoclastas crean confusión y se apartan del sentimiento de la Iglesia. Pareciera que la única solución es conservar y aun aumentar el sentimiento religioso popular, con su marcado rasgo mariano, pero dentro de una devoción centrada en Cristo y que abarque *toda* la Iglesia. En este sentido opino que nuestra realidad pastoral *exige* la vuelta de la Mariología a la perspectiva eclesial.

4. En el diálogo ecuménico, dicho paralelismo es de importancia capital (6). No porque disminuya el papel de María y reduzca así la dificultad. Muy por el contrario, para nuestros hermanos protestantes el papel de María en la Iglesia es justamente la mayor causa de dificultad. Todos reconocen —es demasiado evidente en la Biblia— una dimensión cristológica en María. Nuestro diálogo con ellos tiene que llegar finalmente a la esencia de nuestras diferencias que son de orden eclesiológico: la dignidad de los justificados (gracia), la autoridad en el pueblo de Dios, la naturaleza de la comunión de los santos (cuerpo místico, santos, María, méritos, intercesión, purgatorio, etc.).

Queda claro, pues, que el tratar de María dentro del esquema de la Iglesia, no es un intento de minimizar el lugar trascendente que ocupa en el plan de salvación y consiguientemente en la teología y la devoción de los fieles. Y por otra parte, ése será para nosotros, cristianos trágicamente separados, el camino del encuentro. Porque los protestantes irán descubriendo a María a través de la Iglesia (como los católicos hemos descubierto a la Iglesia poco después de la "época mariana") y no al revés, y esa misma síntesis es para los católicos pura ganancia.

Una prueba de hecho: en su reciente libro sobre *María, madre del Señor, figura de la Iglesia* (1962), Max Thurian, hermano de la comunidad protestante de

---

(6) Cfr. los interesantísimos artículos de Y. Congar, Marie et l'Eglise chez les Protestants, en *Marie et l'Eglise* (Bull. Soc. franc. de mar.) (10) 1952, p. 87-106; y P. J. Hamer, L'attitude des Protestants devant la doctrine mariale, en *Journées sacerdotales mariales* 1951, Dinnant-Leffe, 1952, p. 125-148; Marie et le Protestantisme a partir du dialogue oecuménique, en *Marie*, t. V, 1958, p. 983-1006.

Taizé, como lo indica ya en el título, muestra su interés en esa relación entre María y la Iglesia, examinándola en uno de sus diez capítulos (el IX) al que dedica una cantidad de páginas casi excesiva (85 de las 286). Y llega a expresiones muy cercanas a las católicas, diciendo que María es a la vez "figura de la Iglesia-madre" y "madre en la Iglesia", puesto que "por su fe, su caridad, su oración, será la madre espiritual de la Iglesia-madre de la cual es la figura viviente y humilde" (p. 248-251).

Un diálogo, nuevamente deseado por el Papa Pablo en su encíclica "Ecclesiam suam", se revela muy prometedor en esa base. Bien sé que todos los protestantes no piensan como Taizé, ni mucho menos, y que muchos católicos seguirán preocupados ante la decisión tomada por el Concilio, incluso sin ver aquellas deformaciones que una Mariología desenfocada de la Cristología y de la Eclesiología difícilmente puede evitar. Por lo menos podemos expresar una esperanza firme y en cierto modo nueva.

Es el tiempo de la Iglesia. En la medida que tomemos conciencia de que somos la Iglesia del Señor, estaremos más cerca de María. Y en poco tiempo, los argumentos del corazón nos empujarán adelante con fervor en este nuevo rumbo que está tomando la Mariología.